

No cuidaré de tu amor,  
Sí de tu seguridad.  
El duque no sé que es dél;  
Y pues se habla de ello mal,  
Partirás á Portugal  
Con un mensagero fiel."  
Calló el rey, é Ines transida  
De dolor tan impensado,  
De espalda cayó á su lado  
Cercana al fin de la vida.  
En sus brazos la sostuvo,  
Y á merced de un elixir,  
La vida volvió á latir,  
Camino el aliento tuvo.  
Volvió á herir su corazón  
Su altivez ó su mancilla,  
Y dijo al rey de Castilla  
Con la voz de la aflicción:  
Fué amaro orgullo en mí;  
Hízelo amor la porfia,  
Mas pues la culpa fué mia  
Castigada quedo así."  
Y tornándola á faltar  
Segunda vez el aliento,  
Salió el rey del aposento  
Tras quien la vengá á ayudar.

## II

Allá por do Manzanares  
En humildosas corrientes,  
Antes de entrar cortesano  
En Madrid sus aguas vierte;  
Hay un sitio en que fundaron  
Un alcázar otros reyes,  
Pardo en el nombre, y perdido  
En verdad entre placeres.  
En un despejado campo  
Que á su entrada el lugar tiene,  
Con grande rumor levantan  
A toda prisa un palenque.  
Dispónense aparadores,  
Aparéjense banquetes;  
Do quier se aprestan bajillas,  
Y se despitan toneles,  
Guirnaldas en los balcones  
Tapices en las paredes,  
Pabellones en los techos  
Y en las alfombras pebetes.  
Do quiera en el campo tiendas  
Con banderas diferentes,  
Andamios para la corte,  
Y andamios para los jueces.  
Y en el palacio tumulto,  
Y tumulto en el palenque,  
Y en las calles y en las plazas  
Los que van y los que vienen:  
Por allá suben literas,  
Por acullá palafrenes;  
Por allí de real mandato  
De la real gente ginetes:

Por un lado arcabuceros,  
Por otro lado donceles,  
Que ganando tiempo y tierra,  
Buscando aposentos vienen.  
Músicos, dueños, rateros,  
Saltimbanquis y corchetes,  
Tamboriles y danzantes;  
Curiosos é impertinentes.  
Aquí una moza devota,  
Que el brazo á una vieja tiene,  
Se ajusta en son de maitines  
Con un majo matasiete.  
Allí un dominico obeso  
Abultado de mofletes,  
En una niña de quince  
Posa los ojos ardientes,  
Sin duda alguna admirando  
Al Dios que hace aquellos serés  
De ojos negros, manos blancas,  
Cintura escasa y pié breve.  
Mas allá, bajo un sombrero  
Que en la oreja se mantiene,  
Alto y torcido el bigote,  
Larga espada, y entre el leve  
Rizado de ancha valona  
Escondido hasta los dientes,  
De pié derecho, y la mano  
Sobre la cintura siempre,  
Está á través escupiendo  
Apercibido un valiente,  
De esos que dicen "miradme,  
Que hay indulgencias en verme."  
Y sobre todo el murmullo  
Que tan sin término hierve,  
En cóncavo estruendo ronco  
Por pueblo y campo se sienten  
Los mazos de los peones  
Que levantan el palenque,  
Y el martillo del armero  
Sobre golas y broqueles.  
Grandes fiestas se preparan,  
Y segun dice la gente,  
Son por los embajadores  
Que de la Bretaña vienen.  
Así tambien lo confirma  
La conversacion siguiente  
De dos judíos que aromas,  
Joyas y armaduras venden.  
—Buen agosto es habeis hecho,  
Ruben, á lo que parece.  
—No estoy quejoso, en verdad.  
—Y aun contento.  
—Ciertamente.  
—Sed franco.  
—¿Mas he de ser?  
—Y por nuestros intereses,  
Vayamos ambos á una,  
Que espero que no nos pese.  
—Sea así, hermano Daniel,  
Y escuchadme atentamente.  
El rey me compró en secreto,  
Para lujo en sus valientes,  
Las armaduras mejores

Del torneo.  
—¿Cuántas?  
—Trece.  
—¿Santos del cielo! ¿En monedas  
Os pagó?  
—Al punto y corrientes.  
—Feliz sois, Ruben.  
—Veamos  
Vuestra fortuna.  
—Yo siempre  
Por enemiga la tuve.  
—Pero yo sé que igualmente  
El rey, Daniel, os buscaba,  
—Sí, mas fué ganancia leve;  
Aplazóme los caballos  
De mejor sangre que hubiese,  
Y díle blancos y negros  
Los mejores.  
—¿Cuántos?  
—Trece.  
—¿Y os quejais?  
—¿Santa Sion!  
Pagó dos: los once debe.—  
Callaron ambos un punto,  
Y á Ruben Daniel volviéndose,  
Díjole: mas ya hay quien cubre  
Lo que pierdo en los corceles.  
Don Beltran armó los suyos  
Pródigo con mis arneses.  
—¿Oiga! ¿tambien don Beltran  
Campo en el cerco mantiene?  
—No por cierto; mas levanta  
En Madrid otro palenque,  
Para una segunda fiesta  
A la vuelta de los reyes.  
A la parte de Alcalá  
Tiene apostada su gente,  
Para tomar de las damas  
La brida á los palafrenes.  
—¿Atrevido es el pagano!  
¿Y árdua causa la que emprende!  
Los galanes victoriosos  
Se le opondrán reciamente.  
—Pues don Beltran de la Cueva  
Aun se está tan en sus trece,  
Que diz que hasta el mismo rey  
Le hará campo aunque le pese.  
—Mucho puja.  
—Es conde y rico.  
—Y el rey es rey.  
—Y él valiente.  
Y tiene consigo un hombre  
Que recata el rostro adrede,  
Que es capaz de armar batalla.  
El solo con diez y siete.  
—¿Un soldado?  
—Un caballero.  
—¿Que es quien paga?  
—Lo parece.  
Que es un extranjero dicen  
Que de aventurero viene.  
—¿Trae gente en su compañía?  
—Lanzas hasta veintinueve.

—¿Es francés?  
—Flamenco.  
—¿Amigo  
De las botellas?  
No bebe.  
—¿Cómo!  
—Dél se cuentan cosas  
Bien estrañas cabalmente.  
Dicen que en vela continúa,  
No se sabe cuándo duerme.  
Que es sóbrio como una monja.  
—¿Mas su nombre?  
—No le tiene.  
Solo el Flamenco le llaman;  
Siempre anda solo y le temen.  
—¿Mas no se conoce de él?...  
—Nada mas que lo que él quiere;  
Y que es alto, recio, osado,  
Y á lidiar dispuesto siempre.—  
Callaron ambos judíos,  
Y en rauda tropel la gente  
Se agolpó sobre el camino  
A victorear á sus reyes.

## III.

Como seis dias despues,  
Y hácia las dos de la tarde,  
En el prado que en Madrid  
Por San Gerónimo sale,  
Armados hasta los dientes  
Y cubiertos los semblantes,  
Estaban dos caballeros  
De una ancha tienda delante.  
Detras de ellos apostados  
En hilera formidable,  
Hay de hasta treinta ginetes  
Potentísima falange:  
Y otros treinta caballeros,  
Cuantos valientes galanes,  
En varios grupos conversan  
De su pompa haciendo alarde.  
Donceles tienen sus lanzas,  
Sus caballos tienen pages,  
Siendo á la par todos ellos  
Soldados y capitanes.  
Detras hay una barrera  
Que guardan con antifaces,  
Otros doce caballeros  
Sobre doce yeguas árabes.  
A los lados dos andamios,  
Uno con las armas reales  
Y otro con las de Bretaña.  
Coronado de sitiales  
Otro andamio casi enfrente,  
Y en él los jueces y grandes  
Que han de pesar la justicia  
Y la ley de los combates:  
Y el resto cerca una valla,  
Hasta dos arcos triunfales,  
En que remata una liza  
Que por la barrera se abre.



Banderas de mil colores  
Se estremecen en el aire,  
Que embalsaman ramilletes  
De jazmines y azahares.  
Lindísimas cortesanas  
De cabellos de azabache,  
Tez pálida y ojos negros,  
Bajan el prado adelante:  
Porque ¿qué son los jardines  
En que las flores no salen,  
Sino lo que son las fiestas  
En que las damas no caben?  
De ambas las tropas que aguardan  
El duro y próximo trance,  
Hablan en voces secretas  
Ambos los gefes audaces;  
Uno es Beltran de la Cueva,  
Del otro nada se sabe,  
Sino que con treinta lanzas  
Con Don Beltran hizo parte.  
Es de talla aventajada;  
De nunca visto semblante;  
Vigoroso asaz de miembros  
Y de fuerzas sin iguales;  
Una hacha de armas esgrime  
Y una espada formidable,  
Que los arneses mas recios  
Desencajan y deshacen.  
Cabalga un potro normando  
Como sufrido pujante,  
Que obedece á los impulsos  
De dos largos acicateas;  
Y acostumbrado á la guerra,  
En que há tiempo que le traen,  
Mal le reprime el ginete  
Al oír los atabales.  
A su vez el caballero,  
Le acosa con voz tonante,  
Como si el mismo caballo  
A la misma par lidiase;  
Y dicen que tan á tiempo  
Le segunda, vuelve y parte,  
Que un solo cuerpo lidiando  
Ginete y caballo hacen.  
Así Beltran de la Cueva  
Hablaba á este personaje,  
Y el flamenco respondia  
Con razones semejantes.

DON BELTRAN.

¿Sereis firme?

FLAMENCO.

Como un roble.

DON BELTRAN.

¿Lidiareis?

FLAMENCO.

A toda sangre.

DON BELTRAN.

¿Nadie pasará?

FLAMENCO.

Ninguno

Con espada ni con guante.

DON BELTRAN.

¿Y si el mismo rey se empeña?

FLAMENCO.

Al rey; vive Dios, que mate  
Y lleve su guantelete  
En una pica hasta Flandes.

DON BELTRAN.

Si como decís obráis  
Temo que el campo no os baste.

FLAMENCO.

Al tiempo lo recomiendo,  
Y si la suerte me vale,  
Vereis que mejor amigo  
No hallarais para este trance.

DON BELTRAN.

¿Qué mote sacáis?

FLAMENCO.

Ninguno.

DON BELTRAN.

Pues he visto á vuestro page  
Un broquel con una letra.

FLAMENCO.

Esa letra dice "Nadie."

DON BELTRAN.

¿Es orgullo?

FLAMENCO.

Es una historia.

DON BELTRAN.

¿De amoríos?

FLAMENCO.

Y de sangre.

DON BELTRAN.

¿Sois príncipe?

FLAMENCO.

No por cierto.

DON BELTRAN.

¿Sois huérfano?

FLAMENCO.

Lo acertásteis.

Porque á ninguno sujeto,  
Soy libre y la tierra grande.

Oyóse en esto el tumulto  
De pífanos y atabales,  
Y vióse la polvareda  
Que por el campo adelante  
Envuelve á los que se acercan  
Tras los pendones reales,  
Que acabados los torneos  
A Madrid vuelven triunfantes.  
Cabalgó al punto Beltran,  
Y cabalgando el de Flandes,

Asió broquel, lanza y brida,  
Diciendo con voz pujante:  
"¡A caballo! ¡Voto á Dios!  
Y en torneo ó en combate,  
No hay que dejar con espada  
Desde san Miguel á nadie."

EL PASO DE ARMAS

DE BELTRAN DE LA CUEVA.

I.

¡Espléndida cabalgada!  
¡Caballeresco tropel!  
La reina viene montada,  
Y el rey la brida dorada  
Asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas  
Las cortesanas mas bellas,  
Y á su vez los caballeros  
Sirven de palafreneros  
A los palafrenes de ellas.

Detras las literas vienen  
Sobre esclavos orientales;  
Los pages detras se tienen,  
Y el órden al fin mantienen  
Mil arcabuceros reales.

Todo es luego en derredor  
Y detras pueblo y tumulto;  
En el centro va el valor,  
Y en la fiesta mal oculto  
El orgullo y el amor.

Al valor pruebas le dan  
Las cotas hechas pedazos;  
Orgullosos todos van,  
Y el amor probando están  
Las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes  
Asidos á las cimieras  
De los ufanos ginetes,  
Y usurpan tocas ligeras  
El lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golas  
Y de rojas banderolas,  
Flotan en suelto equipage  
Los velos blancos de encage  
De las damas españolas.

Y de las sillas de guerra  
Forradas de limpio acero,  
Hasta tocar con la tierra,  
Cuelga el que de amor encierra  
Misterios cendal ligero.

No aprisionan los corceles  
Guanteletes ni escarcelas,  
Sí terciopelos y pieles,  
Y ellos van libres y fieles  
Sin temor á las espuelas.

Solamente mas severos,  
Aunque no siendo mejores,  
Tras el rey van altaneros

Pacíficos caballeros  
Los nobles embajadores.

Y á sus personas prestando  
Las atenciones reales,  
En rico y vistoso bando,  
Sobre mulas van pasando  
Obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,  
Todo es oro cuanto brilla,  
Y osténtanse allí á la vez  
Los hidalgos de mas prez  
De Leon y de Castilla.

Todas las mejores lanzas  
De ambos reinos acudieron,  
Y descuidando sus danzas,  
Osados en esperanzas  
Diz que hasta moros vinieron.

Que para ostentar valor  
Cualesquiera liza es buena;  
Y el moro batallador  
Sabe siempre que es mejor  
Lidiar en cristiana arena.

Allí en los andamios miran  
Sin máscaras las hermosas;  
Sus alientos se respiran,  
Y á sus miradas aspiran  
Las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros  
Sobre sus negros corceles  
Diez árabes caballeros,  
Silenciosos y severos,  
Envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto,  
La negra barba crecida,  
El corcel de oro cubierto,  
Todo muestra la atrevida  
Generacion del desierto.

Y aunque cuanto audaz cortés,  
Culta en usos y language,  
Siempre se alcanza á través  
De su magnífico arnés  
Algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla  
Rey, pueblo y embajadores,  
Y al son del clarín que estalla,  
Van á ofrecer la batalla  
Al rey los mantenedores.

Llegó á sus piés don Beltran,  
Y díjole audaz: "Señor,  
"Aquí mis nobles están,  
"Que sus lanzas medirán  
"Con vuestra lanza mejor.

"Y pues por encarecellos  
"Vuestra real esplendidez,  
"Fiestas quiso concedellos  
"Para no ser menos que ellos,  
"He aquí campo á nuestra vez.

"Cómo tan buenos vasallos,  
"De las damas requerimos  
"Las bridas de los caballos;  
"Y pues á aquesto venimos,  
"O combatir ó soltallos."

Y echando el guante en la arena,



Brida volviendo á su gente,  
El campo en torno resuena,  
Con largo aplauso que llena  
Cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el rey; y los vientos  
Rasgando los atabales,  
Fueron ocupando atentos  
La multitud sus asientos,  
Y los reyes sus sitaliales.

Puestos los embajadores  
A un lado y á otro los jueces,  
Al són de los atambores  
A los nuevos lidiadores  
Requirieron por tres veces.

Lanzáronse hácia la liza  
Hasta cuarenta ginetes,  
Y en su línea movediza  
El aura estremece y riza,  
Crestones y martinetes.

Tascan espumoso el freno  
Impacientes los bridones,  
Henchir queriendo su seno  
Con los belicosos sonos  
De que el aire tragan lleno.

Entonces desde una tienda  
De los que el campo mantienen,  
Al lugar de la contienda  
Un caballo por la rienda  
Dos pages bajando vienen.

Por si quisiera lidiar  
Al rey le ofrecen cortesias;  
Advirtiéndole á la par,  
Que mejor no le ha de hallar  
Ni con mejores arneses.

Partieron los lidiadores  
El sol de la liza igual,  
Y al són de los atambores  
Retados y retadores  
Aguardaron la señal.

## II.

Con la visera calada  
Y los lanzones en ristre,  
Los broqueles ante el pecho,  
Sobre los estribos firmes,  
Cerráronse á toda brida  
Los lidiadores insignes  
Los unos contra los otros  
A la voz de los clarines.  
Todo fué polvo un instante,  
No se oye ni se distingue  
Mas que el són que los aceros  
En fiero compás despiden.  
En honda y ansiosa duda,  
En angustia indefinible,  
Almas con ojos esperan  
A que el polvo se disipe.  
Es en vano que las damas  
Al turbio palenque miren;  
Todo entre el espeo polvo  
Está en el campo invisible.  
En vano sobre su escaño  
Se levanta don Enrique;

El polvo oculta á sus ojos  
Los que vencen ó se rinden.  
Se oye que abajo en la liza  
La recia contienda sigue,  
Porque los gritos no cesan,  
Y los golpes se perciben.

Unos gritan "Flandes. Nadie."  
"Al rey, al rey," otros dicen;  
Y las lanzadas se doblan  
Y los tajos se repiten.  
Ayes, lamentos, insultos,  
Maldiciones, leililíes,  
Relinchos y cuchilladas  
Todo á un tiempo se concibe;  
Todo en tumulto espantable,  
Todo en confusion horrible.  
Todos los gritos se mezclan,  
Y á gran pena se distinguen  
Los de: "¡Cierra!—¡Hiere!—¡A ellos!  
—¡Alá!—¡Flandes!—¡Don Enrique!"  
Creyéndose al mismo tiempo  
Por los cierra y los lelíes,  
Que flamencos y cristianos  
Contra sarracenos riñen.

Rodó al fin el polvo denso  
Con las ráfagas sutiles,  
Descubriendo la vergüenza  
De los que la arena miden.  
Pocos pudieron bizarros  
Al encuentro resistirse;  
Su mismo impulso fué causa  
Del azar que les afige.  
Quedaron de entrambas partes  
Tan solo trece que lidien,  
Son los seis mantenedores  
Los otros siete del príncipe.  
De ellos hasta tres son moros  
Que á los del rey bien asisten,  
Con los alfanges sangrientos  
Y los palafrenes libres.

Donde una espada se rompe,  
Donde un yelmo se divide,  
Do quier que un palmo se pierde,  
O un caballo se reprime,  
Allí la lanza de un moro,  
Allí un alfange invisible  
Hiere, acosa, rompe, vence,  
Antes que se le adivine.  
Algunos de entrambos bandos  
Que levantarse consiguen,  
Con los pomos y los puños  
En el combate persisten.  
Dan, cian, avanzan, vuelven,  
Y ligeros como tigres,  
Soltando el inútil hierro  
Con los brazos se reciben.  
Se abrazan y se sacuden,  
Y se cruzan y se oprimen,  
Y al fin de afanosa lucha,  
Sin vencer y sin rendirse,  
Ruedan abrazados ambos  
Y cuartel ninguno pide;  
Perdidos entre el tumulto

Tal vez aun se distinguen  
Sus desesperados esfuerzos,  
Sus convulsiones horribles.  
Hasta que el tropel sangriento  
De los ginetes que viven,  
Los envuelve enteramente,  
Los espera ó los persigue.  
Tocó el sol en occidente;  
Y á la voz de don Enrique  
Pages entran en la liza,  
Que los heridos retiren.  
Despejado un poco el campo,  
La liza de estorbos libre,  
Quedaron lidiando siete  
Sobre los estribos firmes.  
Don Beltran con el de Flandes  
Y un flamenco que le sigue,  
Con un hacha á cuyos filos  
Mal los broqueles resisten.  
Lidian por el rey valientes,  
Los ventajados en lides  
El marques de Santillana  
Que negra armadura viste,  
Don Juan Pacheco, que el mando  
Leva á medias con el príncipe,  
Y el buen conde de Treviño  
Del solar de los Manriques.  
Con ellos guerrea un moro,  
De cuya opulenta estirpe  
Dan testimonio y no escaso  
El negro corcel que rige,  
El corvo alfange que empuña  
Y el arnes con que se ciñe.  
Mas todo está deslucido  
Sin que oro ni acero brillen,  
Que todo en polvo y en sangre  
A puro lidiar se tiñe.  
Don Beltran, rota una brida,  
Con esfuerzos increíbles,  
Contra el moro y Santillana  
Ve su salvacion difícil.  
Las damas le victorean  
Mostrando bien cuanto es triste  
Que caballero tan bravo  
Con tal desventaja lidie.  
Los jueces están inquietos,  
E indeciso don Enrique,  
Duda si el baston de mando  
A tiempo en la arena tire.  
Mas antes que esto suceda  
Se oyó pujante y terrible  
El grito con que el flamenco  
"Flandes y nadie!" repite.  
Y revolviendo el caballo,  
Con ímpetu se dirige  
Hácia el noble Santillana,  
Que el campo á su empuje mide.  
Entonces al de Treviño  
Volviendo—"Aquí Flandes"—dice;  
Y alzándose en los estribos  
De entrambas manos se sirve.  
Cayó del caballo el conde;  
Y volviendo el que le rinde

Al soldado que le ayuda,  
Le manda que se retire.  
Quedaron pues dos á dos,  
Cuatro valientes que piden  
Una corona los cuatro,  
Para los cuatro difícil.  
Y bien merecen que en ellos  
Su honor sus partidos cifren,  
Porque no hay mejores brazos  
Para que le depositen.  
Pacheco y Beltran cayeron;  
Pacheco asido á las crines,  
Debajo está del caballo  
Incapaz de desasirse.  
Vino don Beltran sobre él;  
Mas los jueces que presiden  
Dan por vencido á Pacheco  
Y escuderos le permiten.  
Mientras, agotando esfuerzos  
Que parecen imposibles,  
El árabe y el de Flandes  
La lucha tenaces siguen.  
Grita el flamenco—"Aquí Flandes."  
Y el árabe á cada quite  
Entra y sale huyendo y dando  
Siempre en duda y siempre libre.  
En vano el flamenco acude  
A cuanta fuerza le asiste;  
El moro hace que el caballo  
Pase, cruce, salte y gire.  
Mas cansada su fortuna  
A tiempo que ambos se embisten,  
Al dar una huida el moro  
Hace que el caballo pise  
Tan en vago, que aunque diestro  
Le levanta y le reprime,  
Dobló las manos en tierra  
Tocándola con las crines.  
Esto que viera el flamenco,  
Con empuje irresistible  
Para adelante se viene  
Sin que el moro alcance á herirle  
Cayó el de Flandes encima,  
Y aunque el caballo le oprime,  
Asió con tal fuerza al moro  
Que le acogota y le rinde.  
Tiró su baston el rey;  
Y al són de los añfiles  
Mandó que por los del campo  
La victoria se publique.

## III.

Mientras á los piés del rey  
Be hinojos Beltran se pone,  
Y el rey le tiende la mano  
Porque con ella se honra,  
A las puertas de liza  
La multitud agolpóse,  
Para ver la cabalgada  
Cuando á palacio se torne.  
Bajaron de sus andamios  
El rey, la reina y la corte,



Damas, caballeros, pages,  
Obispos y embajadores.  
De manos de los donceles,  
Recibiendo los bridones,  
Conducir de allí á las damas  
Como enantes se proponen.  
Asidos brida y estribo  
Porque mas fáciles monten,  
Por las hermosas esperan  
Los caballeros mejores.  
Púsose el primero el rey,  
Y ya cortes se dispone  
A dar la mano á la reina,  
Cuando con audacia un hombre  
Cejar haciendo al caballo,  
Sin respeto se la coje.  
"¿Quién se atreve?... " dijo el rey;  
Y en el rostro los colores  
Tornando el gesto alterado,  
Delante su vista hallóse  
La brida asiendo al flamenco,  
Que así osado le responde:  
"Si pasais sin combatir  
Será sin guante ni estoque,  
Que he lidiado en el palenque  
Bajo de estas condiciones."

El rey Enrique, indeciso,  
De arriba abajo miróle,  
Dudando si por quien sea  
Se lo tolere ó se enoje;  
Pero por mas que á sus solas  
Su pensamiento recorre,  
Como él su rostro recata,  
No sabe si le conoce.  
Al fin fingiendo respetos  
Por sus derechos, cedióle,  
Ya su razon otorgando,  
Ya por secretas razones.—  
Tendióle la mano y dijo:  
—¡Llor á los vencedores!  
Tomad lo que habeis ganado,  
Que en efecto anduve torpe.  
¿Quién sois?

—Nadie: esa es mi empresa.

—¿Es vuestra cifra?

—Es mi nombre.

—Sois valiente, y no os atañe  
Por vida mia ese mote.

—Ya dije que es nombre propio,  
Y no le merezco noble.

—¿Cómo pues?

—Porque he vendido  
Mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el rey,  
Y tras cortas reflexiones,  
Con sonrisa ambigua dijo:  
"Id adelante," y siguióle.

### RECUERDOS.

Es una noche tranquila,  
De esas azules serenas,  
En que de la luna apenas  
La pálida luz vacila.

Algunas nubes errantes  
Por medio el espacio flotan,  
Que así de la luna embotan  
Los resplandores brillantes.

La brisa fresca que vaga  
Los árboles estremece,  
Y segun se estingue ó crece,  
Crece el murmullo ó se apaga.

Noche espléndida y serena  
Que al hombre á pensar convida,  
Y en que resbala la vida  
De gozo y pesar ajena.

En que absorto el pensamiento  
En vaga meditacion,  
Halla una blanca ilusion  
En cada arruga del viento.

Nada ve el ojo aunque mira,  
Oye el oido y no escucha,  
Y consigo en débil lucha,  
Triste el corazon suspira.

Una noche clara y pura  
En que, contemplando el cielo,  
Crece en el alma el consuelo  
Y hechiza hasta la amargura.

Noche en que se ve á lo lejos  
Con el fulgor de la luna,  
La ilusion de la laguna  
En argentinos espejos.

En que se ve el bosque umbrío,  
Cual un escuadron gigante,  
Y cual rastro centellante  
La cinta blanca de un rio.

Noche en que prestan á una  
Blando perfume las flores,  
Música los ruseñores  
Y resplandores la luna.

De esas noches que una vez  
Todos los hombres gozaron,  
Y á cuya luz recordaron  
Los sueños de su niñez.

De esas noches, cuya historia  
Dura en el alma escondida,  
Página de nuestra vida  
Pegada á nuestra memoria.

Oyendo el tropel sonoro  
Con que en murmullos suaves  
Aduermen hojas y aves,  
Y aguas, al campo del moro,

Un hombre sobre una peña  
Se alcanza en la oscuridad;  
Mas no se alcanza en verdad  
Si aguarda, medita ó sueña.

Se percibe allá en la oscura  
Sombra negra alguna vez,  
La movible brillantez  
De su límpida armadura.

Se oye entre las yerbezuelas,  
A cada sacudimiento,  
El brusco estremecimiento  
De sus ásperas espuelas.  
Dolientes suspiros lanza  
Del ánima dolorida,  
Tal vez por la antigua vida,  
O acaso por su esperanza.

En esto en una alta torre  
Que al campo del moro cae,  
Por do Manzanares trae  
Sus corrientes cuando corre,

Vagó sobre el aura leve  
Voz tan dulce y lastimera,  
Que atenta el aura ligera  
Por oilla no se mueve.

A aquel suavísimo son  
El caballero escondido  
Ansioso prestó el oido,  
Hizose todo atencion.

La voz que oye limpia y blanda  
En estribillo amoroso,  
De un amador licencioso  
Nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible,  
Y tan tierna en su cantar,  
Que intentarla remedar  
Fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,  
Ya trémula, ya segura,  
Como la fuente murmura,  
Como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago  
Sin tema sobre que acuerde,  
Como un aura que se pierde  
Entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina  
Una voz tan infantil,  
Que no envidia en lo sutil  
Tonos á la golondrina.

¿Es ilusion mentirosa  
O es tremenda realidad,  
Ese sueño de otra edad  
Mas bella y mas dolorosa?

¿Por qué estremecido miras  
Esa torre solitaria,  
Y al rumor de esa plegaria  
Con pesadumbre suspiras?

¿Qué oyes, caballero, di,  
En ese son misterioso,  
Que el zéfiro vagaroso  
Arrastra ufano hasta tí?

¿Ese que gime en el viento  
Sonido despertador,  
Es un recuerdo de amor  
O un tenaz remordimiento?

¡Ah! el pensamiento perdido  
Incapaz de decidir,  
Vacila entre el porvenir  
Y las sombras del olvido.

Y aunque aquella voz se exima  
De mas cercana inspeccion,

Bien sabe su corazon  
Que aquella voz le lastima.

¿Quién vivirá en esa torre  
Que canta tan dulcemente,  
Mientras suena mansamente  
El Manzanares que corre?

Porque aunque á veces en ella  
Oyó que en trova confusa,  
La voz de quien canta acusa  
Los rigores de su estrella;

Aunque á veces triste canta  
Lastimado son de duelo,  
Cual queriendo dar consuelo  
Al corazon la garganta,

Oyó tambien que suspira  
Tan amantes cantilenas,  
Que si canta entre cadenas  
No canta, sino delira.

Cesó la voz de repente,  
Y sobre el césped muliido  
Oyóse un pié contenido  
Que va cautelosamente.

Cada vez mas cerca está...  
Púsose en pié el caballero,  
Y requiriendo el acero  
Preguntó firme: ¿Quién vá?

A sus rayos argentinos  
La luna dejóle ver  
Un page que echó á correr  
Dando vuelta á unos espinos.

—¿Sois vos (le dijo llegando)  
Nadie en Flandes, mucho aquí?  
—Mucho te han dicho de mí  
—Pues á vos vengo buscando,  
Seguidme.

—¿A dónde?

—¿Temeis?

Dijeron que erais valiente.  
—Mas fiarse no es prudente  
Del primero...

—Bien haceis.

Dios os guarde: á decir voy  
Que os propuse una aventura,  
Y desechó por mesura  
Vuestra prudencia la de hoy,  
—Mucho sabes, pagecillo,  
Ve delante.

—Pues de mí  
No os separeis, por aquí.  
—¿Dónde vamos?

—Al castillo.

Y de un torreon en el centro  
Postigo oculto buscando,  
Entraron ambos cerrando  
La portezuela por dentro.

### FAVOR DE REY.

En medio de un apose n t  
Que el rey Enrique eligió,  
Para secreto teatro  
De sus comedias de amor: